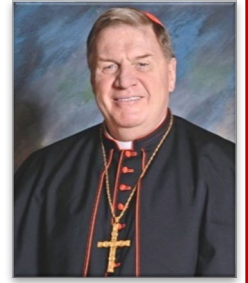


Alégrense en el Señor


Por el Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.

Arzobispo de Newark

Abril 30, 2021 / Vol. 2, No. 16



Cristo es la vid, nosotros somos las ramas



El que no permanece unido a mí, será echado fuera y se secará como las ramas que se recogen y se queman en el fuego. Si ustedes permanecen unidos a mí, y si permanecen fieles a mis enseñanzas, pidan lo que quieran y se les dará. En esto se muestra la gloria de mi Padre, en que den mucho fruto y lleguen así a ser verdaderos discípulos míos (Jn 15, 6-8).

En el Evangelio de San Juan (Jn 15, 1-8), Jesús nos dice que él es la vid verdadera y su Padre es el que la cultiva. "Si una de mis ramas no da uvas, la corta; pero si da uvas, la poda y la limpia para que dé más". (Jn 15, 2).

Esta es importante porque no se trata de un viñedo ordinario. Nuestro Señor está hablando de la vid que es su cuerpo, y nos dice en términos bien claros que somos las ramas que se descartan o están marchitas y van a ser arrojadas al fuego para quemarlas, o somos las ramas que dan fruto y son podadas para que sean aún más productivas.

Cristo es la vid, y nosotros somos las ramas. Si permanecemos fieles a la Palabra de Dios, podemos florecer y producir mucho fruto. Si nos negamos a escuchar o seguir los mandamientos de Dios, nos marchitamos y morimos. "Una rama no puede dar uvas de sí misma, si no está unida a la vid", dice Jesús, "de igual manera, ustedes no pueden dar fruto, si no permanecen unidos a mí" (Jn 15, 4).

Los mandamientos de Dios son simples, pero no fáciles: Debemos amar a Dios con todo nuestro corazón, alma y mente. Y debemos amarnos unos a otros como nos amamos a nosotros mismos. O, como leemos en la primera carta de San Juan: "Y su mandamiento es que creamos en su hijo Jesucristo, y que nos amemos unos a otros como él nos mandó" (1 Jn 3, 23).

Pero somos pecadores que con frecuencia no alcanzamos la meta de amar a Dios y a los demás. Es por eso que nos aferramos al amor y la misericordia de Dios, que nos restaura cada vez que fallamos a causa de nuestro pecado.

Permanecer fieles a la palabra de Dios y a nuestra llamada como discípulos de Jesucristo requiere una confesión continua de nuestros pecados y actos genuinos de arrepentimiento. Debemos levantarnos



de nuevo después de caer y, con la ayuda de la gracia de Dios, continuar el camino preparado para nosotros al momento de nuestro Bautismo. Esta es la historia de vida de todos los grandes santos—experiencias de conversión que nunca son de una vez por todas, pero que se mezclan con la aceptación del constante perdón de Dios. Esta debería ser nuestra historia también.

En virtud de nuestro Bautismo, todos estamos llamados a ser testigos (mártires, en realidad) de la victoria sobre el pecado y la muerte ganadas para nosotros por la muerte y resurrección de nuestro Señor. Llevamos a cabo esta misión en nuestra vida diaria como ramas fructíferas de la vid única que es Cristo. El mundo que nos rodea es a menudo hostil, o en el mejor de los casos, indiferente al mensaje de amor que proclamamos como discípulos misioneros de Jesucristo, pero debemos perseverar confiando en que la gracia de Dios nos sostiene aun en el peor de los tiempos.

Esta ha sido la experiencia de los cristianos desde el principio. A pesar de la grave persecución, la Iglesia primitiva prosperó, "vivía en el temor del Señor y, con la ayuda del Espíritu Santo, iba aumentando en número" (Hechos 9, 31) porque después de la resurrección del Señor, y la recepción del Espíritu Santo por parte de los discípulos en Pentecostés, la Iglesia guardó los mandamientos y permaneció en Jesús mientras él permanece con el Padre.

Acabamos de experimentar una grave crisis durante un año, no de persecución activa sino de enfermedad y muerte, miedo e incertidumbre, y separación de las personas e instituciones que más significan para nosotros. Gracias a Dios pudimos perseverar —por el poder del Espíritu Santo—, pero como individuos, como sociedad y como Iglesia, hemos pagado un alto precio. Como nos advierte el Papa Francisco, no hay duda de que la pandemia ha causado cambios. La verdadera pregunta que debemos responder es: ¿Será para mejor o para peor?

Al salir del largo y oscuro invierno del COVID-19, nuestra fe en la primavera de la resurrección del Señor debe darnos mucha esperanza. No importa cuán lejos nos apartemos del camino que conduce a la unión con Jesucristo y a la vida eterna que se nos promete con Él y con todos los santos, el Espíritu Santo está siempre activo entre nosotros, reorientándonos por el amor y la misericordia infinitos de Dios.

En las semanas restantes de este tiempo de Pascua, regocijémonos en las oportunidades que se nos han dado para creer en el nombre del único Hijo de Dios. Seamos ramas fructíferas de la vid que es Jesucristo. Y amémonos unos a otros tal como nuestro Señor resucitado nos ha mandado.

Sinceramente suyo en Cristo Redentor,

Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.
Arzobispo de Newark

Homilía Durante la Vigilia Pascual en la Noche Santa de Pascua

Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.

Catedral Basílica del Sagrado Corazón

Abril 3, 2021

Esta noche es una noche de vigilia. El Señor nunca duerme; nunca duerme el que cuida de su pueblo (cf. Sal 121,4) para sacarlos de la esclavitud y abrir ante ellos el camino a la libertad.

El Señor nos protege y, por el poder de su amor, está llevando a su pueblo a través del Mar Rojo. También está llevando a Jesús a través del abismo de la muerte y la oscuridad del inframundo.

Esta fue una noche de vigilia para los discípulos de Jesús, una noche de tristeza y temor. Los hombres permanecieron encerrados en el Cenáculo. Sin embargo, las mujeres fueron a la tumba en la madrugada del domingo para ungir el cuerpo de Jesús. Sus corazones estaban abrumados por el dolor, y se preguntaban: "¿Cómo entraremos? ¿Quién removerá la piedra del sepulcro?" Pero aquí estaba la primera señal del gran evento: ¡la enorme piedra ya había sido retirada, y la tumba estaba abierta!

"Cuando entraron en el sepulcro vieron, sentado al lado derecho, a un joven vestido con una larga túnica blanca..." (Mc 16:5). Las mujeres fueron las primeras en ver esta gran señal, la tumba vacía; y fueron las primeras en entrar...



"Entrando en el sepulcro." Es bueno para nosotros, en esta noche de Vigilia, reflexionar sobre la experiencia de las mujeres, que también nos habla. Porque, por eso estamos aquí: para entrar, entrar en el Misterio que Dios ha logrado con su vigilia de amor.

La lectura de la carta de San Pablo a los Romanos nos invita a recordar cómo ya hemos entrado en la tumba. Por nuestro bautismo en Cristo Jesús, hemos entrado en una relación íntima con Él. Hemos entrado en el Cuerpo de Cristo. Hemos entrado en su muerte y ya no vivimos bajo el régimen tiránico del pecado.

Esta noche, ocho jóvenes entrarán con nosotros. Permítanme decir sus nombres: Camila, Jack, María Isabel, Kelly, Keila, Cristy, Hilary, Crisóstomo. Ellos van a ser bautizados, confirmados y recibirán el Cuerpo de Cristo por primera vez. Con nosotros, reciben el Cuerpo de Cristo y, como nosotros, se convierten en lo que reciben.

Tenemos en cuenta las consecuencias de nuestro bautismo – las promesas que renovaremos, pero también, que estamos viviendo por Dios en Cristo Jesús para que estemos unidos en una resurrección como la suya.

No podemos vivir la Pascua sin entrar en el misterio. La Pascua no es algo intelectual, algo que sólo conocemos o leemos sobre ella... ¡Es mucho más que eso!

"Entrar en el misterio" significa la capacidad de maravillarse, de contemplar; la capacidad de escuchar el silencio y escuchar el pequeño susurro en medio del gran silencio por el cual Dios nos habla.

Entrar en el misterio exige que no tengamos miedo a la realidad: que no nos encerremos en nosotros mismos, que no huyamos de lo que no entendemos, que no cerremos los ojos a los problemas ni los neguemos, que no desestimemos nuestras preguntas ni vivamos sólo por nuestros miedos.

Entrar en el misterio significa ir más allá de nuestra propia zona de confort, más allá de la pereza y la indiferencia que nos frenan, más allá de nuestros prejuicios y políticas, olvidarnos de nosotros y salir en busca de verdad, belleza y amor. Es buscar un significado más profundo, una respuesta – y no una fácil – a las preguntas que desafían nuestra fe, nuestra fidelidad y nuestra propia existencia.

Para entrar en el misterio, necesitamos humildad, la humildad para rebajarnos, para bajar del pedestal de nuestro ego, que es tan orgulloso, de nuestra presunción; la humildad de no tomarnos tan en serio, reconociendo lo que realmente somos: criaturas con fortalezas y debilidades, pecadores necesitados de perdón. Para entrar en el misterio, necesitamos la humildad que es indefensión, la renuncia a nuestros ídolos... en una palabra, necesitamos adorar al Dios viviente. Sin adoración, no podemos entrar en el misterio.

Las mujeres que fueron discípulos de Jesús nos enseñan todo esto. Siguieron velando esa noche, junto con María. Y ella, la Virgen Madre, les ayudó a no perder la fe y la esperanza. Como resultado, no permanecieron prisioneras del miedo y la tristeza, sino que a la primera luz del amanecer salieron portando sus ungüentos, sus corazones ya ungidos por el amor. Salieron y encontraron la tumba abierta. Y entraron. Habían estado en vela; salieron y entraron en el Misterio. Que aprendamos de ellos a velar con Dios y con María nuestra Madre, para que nosotros también podamos entrar en el Misterio que conduce de la muerte a la vida. ✨

Una Reflexión sobre la Resurrección de Jesús

Por el Papa Emérito Benedicto XVI

Es parte del misterio de Dios que el actúe tan apaciblemente, que sólo construye gradualmente su historia dentro de la gran historia de la humanidad; que se hace hombre y por lo tanto puede ser pasado por alto por sus contemporáneos y por las fuerzas decisivas dentro de la historia; que sufre y muere y que, habiendo resucitado de nuevo, escoge venir a la humanidad sólo a través de la fe de los discípulos a quienes se revela; que sigue tocando gentilmente a las puertas de nuestros corazones y lentamente abre nuestros ojos si le abrimos a él nuestras puertas.



Y, sin embargo—¿no es esto realmente el camino divino? No para abrumar con poder externo, sino para dar libertad, para ofrecer y provocar amor. Y si realmente pensamos en ello, ¿no es realmente grande lo que parece tan pequeño? ¿No es un rayo de luz que viene de Jesús, cada vez más brillante a lo largo de los siglos, que no podría venir de ningún simple hombre a través del cual la luz de Dios realmente brilla en el mundo? ¿Podría la predicación apostólica haber encontrado fe y edificar una comunidad mundial a menos que el poder de la verdad haya estado funcionando dentro de ella? Si prestamos atención a los testigos con corazones que escuchan y nos abrimos a los signos por los cuales el Señor una y otra vez los valida a ellos y a sí mismo, entonces sabemos que él

verdaderamente ha resucitado. Él está vivo. Encomendémonos a él. Sabiendo que estamos en el camino correcto. Con Tomás coloquemos nuestras manos en el lado perforado de Jesús y confesemos: "¡Mi Señor y mi Dios!" (Jn 20, 28).

Tomado de Jesús de Nazaret, Segunda Parte, Capítulo 9, "Resurrección de Jesús," #3 "La Naturaleza de la Resurrección de Jesús y su Significado Histórico". Copyright 2011 de Libreria Editrice Vaticana y Publicado en Estados Unidos por Ignatius Press.

Un Mensaje del Papa Francisco: Palabras de Desafío y Esperanza



(Photo CNS/Paul Haring)

El sepulcro es el lugar donde nadie que entra se va. Pero Jesús emergió por nosotros; resucitó para nosotros, para dar vida donde había muerte, para comenzar una nueva historia en el mismo lugar donde se había colocado una piedra. Él, que removió la piedra que selló la entrada de la tumba, también puede quitar las piedras en nuestros corazones.

Por lo tanto, no nos rindamos a la resignación; no coloquemos una piedra ante la esperanza. Podemos y debemos esperar, porque Dios es fiel. Él no nos abandonó; nos visitó y entró en nuestras situaciones de dolor, angustia y muerte. Su luz disipó la oscuridad del sepulcro: hoy él quiere que esa luz penetre incluso en los rincones más oscuros de nuestras vidas.

Querida hermana, querido hermano, aun si en su corazón han enterrado la esperanza, no se rindan: Dios es mucho más grande. La oscuridad y la muerte no tienen la última palabra. ¡Sean fuertes, porque con Dios nada está perdido!

Mi Oración para Ustedes

Señor resucitado, ayúdanos a entrar en el misterio de tu amor. Envía tu Espíritu Santo a nuestros corazones para que tengamos el valor y la fuerza para dejar de lado nuestra vacilación y temor, para salir de nuestras zonas de confort y proclamar el Evangelio de la alegría Pascual en nuestras palabras y acciones. Ayúdanos a recordar que tú eres la vid y nosotros somos las ramas. Ayúdanos a dar mucho fruto y a amarnos unos a otros como nos has mandado. Amén.

Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.

